

Unos pocos centenares de directores, gerentes y jefes de área de las 63 empresas líder radicadas en la Argentina se cuentan entre los mejores remunerados en el mundo.

- *El vaticinio de Tokio*
- *Las armas de la paz*

LOS EJECUTIVOS MAS CAROS DEL MUNDO

Los altos ejecutivos argentinos de las empresas privadas ganan sueldos que medidos en términos de su poder adquisitivo los colocan en el tercer puesto a nivel mundial. Si bien las remuneraciones en bruto de directores, gerentes y jefes de áreas de las 63 empresas claves los ubican en la doceava posición sobre una escala mundial de veinte, la permisiva política impositiva hace escalar sus salarios netos al sexto lugar en el ranking de los hombres y mujeres de empresa mejor recompensados del mundo.

Estas estimaciones figuran en un amplio estudio llevado a cabo por la consultora internacional *Towers, Perrin, Forster y Crosby* presentado en estos días en Bruselas. El informe compara los ingresos brutos y netos, los incentivos y gratificaciones fijas y variables en ejecutivos al frente de empresas con ventas anuales de 100 millones de dólares.

Un ejecutivo de máximo nivel cuesta a una empresa radicada en EE.UU., más del doble que en la Argentina, casi el triple que en Suecia, el cuádruple que en Australia y más del quíntuple que en Corea del Sur. En estos tres últimos países y en Venezuela, México e incluso Gran Bretaña, los responsables empresariales perciben ingresos brutos inferiores a los de sus colegas argentinos.

Según el *Informe de Remuneraciones* elaborado en Argentina por la firma Forum de Empresas el promedio general de salarios para un director general o gerente general de una empresa grande era de 12.410 australes al 30 de mayo último. El promedio mayor de sueldos en ese cargo era de 14.367 australes mensuales en aquella fecha. La encuesta de Forum de Empresas fue realizada en 63 empresas ubicadas en Capital Federal y Gran Buenos Aires, que representan de manera estadísticamente confiable la mayoría de las actividades industriales, comerciales y de servicios. La muestra está constituida en un 57% por empresas grandes y en un 43% por empresas medianas-chicas.

El gerente de Administración y Finanzas de una empresa grande percibe, como promedio general, un salario del orden de los 7979 australes. El promedio entre las empresas que más pagan aumenta la remuneración para ese mismo puesto hasta los 9120 australes, según los datos al 30 de mayo.

Un gerente de Manufactura ganaba, por ese entonces, como promedio general 7999 australes, mientras que el promedio entre las compañías que tienen los salarios más elevados llega a los 9983 australes mensuales. Un gerente de Comercialización percibía 7815 y 9067 australes mensuales, según se tome en cuenta el promedio general o el promedio mayor.

A las remuneraciones mencionadas se les debe agregar los ajustes obtenidos en caso de contratos indexados según el incremento en el costo de vida. El estudio de Forum Empresario indica que en el máximo nivel de responsabilidades se han registrado los mayores ajustes.

A las compensaciones en metálico hay que agregar otros valores de difícil estimación, que los ejecutivos reciben en calidad de beneficios.

Las recompensas pueden abarcar desde un vehículo para uso particular, pago de la escuela de los hijos, seguros de vida o asistencia médica, tarjeta de crédito o el pago de la cuota de un club privado. Según Forum de Empresas se detecta una tendencia general a aumentar estos beneficios complementarios. Se ha comprobado que la mayoría de las empresas que conforman la muestra otorgan gratificaciones variables en función del resultado económico y los desempeños individuales. Los montos otorgados fluctúan entre 1 y 5 sueldos y están circunscriptos al máximo y al primer nivel gerencial.

Brutos impuestos

Las cargas impositivas alteran profundamente el ranking de los ejecutivos mejor pagados. Si bien los norteamericanos, suizos, alemanes y japoneses conservan, en ese orden, las primeras cuatro posiciones, los argentinos pasan de un doceavo lugar al sexto de la lista, lo que habla a las claras de la benevolencia de la política impositiva para con quienes perciben altos ingresos.

El análisis dado a conocer en la capital belga indica que las remuneraciones netas de los ejecutivos norteamericanos alcanzan a los 12.200 dólares mensuales, los suizos ganan 11.181, los alemanes y japoneses reciben en la mano 8661 dólares. En un cómodo sexto puesto que ubica a la Argentina como líder indiscutido de los países en desarrollo y por cierto, también en algunos desarrollados, los directores de empresas nativos ganan 7559 dólares, seguidos de cerca por los laboriosos italianos y los competitivos brasileños que perciben 7401 dólares al mes.

País	Sueldo bruto	Sueldo neto	Poder adquis.
EE.UU.	1	1	1
Suiza	2	2	4
RFA	3	3	7
Japón	4	4	16
Holanda	5	12	14
Bélgica	6	16	17
Francia	7	5	8
Canadá	8	9	5
Italia	9	7	11
Brasil	10	8	2
España	11	10	12
Argentina	**12**	**6**	**3**
Reino Unido	13	15	15
Singapur	14	11	9
Suecia	15	19	20
México	16	17	13
Venezuela	17	14	6
Hong Kong	18	13	10
Australia	19	18	18
Corea	20	20	19

Los ejecutivos suecos y belgas son, en el mundo industrializado, los más perjudicados por las cargas impositivas, que en ambos países retienen nada menos que el 68% de los ingresos declarados, mientras que en Holanda el 60% de los salarios va a parar a manos del fisco. Las posiciones llamativamente altas que ocupan los sueldos de los ejecutivos argentinos en el contexto mundial pueden explicarse, en parte, debido a que en los países industrializados existen decenas de miles de empresas de gran envergadura y por lo tanto hay un vasto mercado de ejecutivos que esperan largos años para ascender de posiciones. En cambio en la Argentina, si se excluyen las empresas del Estado, el mercado laboral queda reducido a 63 compañías que poseen un nivel considerable de facturación.

Natos ganadores

La clasificación vuelve a trastrocarse si se considera el poder adquisitivo real que los ingresos proporcionan a los presidentes de empresas. El ejecutivo norteamericano se mantiene a la cabeza. Le siguen los brasileños y los argentinos que ocupan el segundo y tercer puesto respectivamente.

Una posible explicación de la ventajosa posición salarial de los directores argentinos en esta época de crisis reside en que más de la mitad de las grandes empresas locales son extranjeras y

LOS EJECUTIVOS MAS CAROS DEL MUNDO

con frecuencia los máximos niveles jerárquicos están ocupados por ejecutivos no argentinos. Por lo general esos ejecutivos son bastante calificados y cotizados ya que en los ámbitos empresarios no se considera a la Argentina como un país especialmente sencillo. Otro factor no menos importante es la dolarización de los contratos, que evidentemente ha incidido favorablemente en el vertiginoso ascenso salarial de los ejecutivos argentinos.

Según los datos proporcionados por *Towers, Perrin, Forster y Crosby* el poder adquisitivo de los alemanes es equivalente al 65 por ciento del estadounidense; los franceses tienen un poder de compra correspondiente al 63 por ciento de los americanos y a duras penas los italianos con un 57 por ciento lindan la mitad del poder adquisitivo de sus colegas del país del Norte.

En el ''furgón de cola'' salarial de los ejecutivos se ubican los holandeses (49 por ciento), los británicos (48 por ciento), los belgas (37 por ciento) y los inevitables suecos, que con una capacidad cinco veces inferior a la de los norteamericanos, cierran la lista.

Esta estadística podría dar que pensar que en cualquier momento el país será invadido por ejecutivos suecos, franceses o alemanes, sin embargo las infalibles estadísticas muestran que sucede exactamente lo contrario. Respondiendo a una tendencia común a otros campos como los de la cultura y la ciencia, en los últimos años se ha registrado una tendencia bastante marcada a la emigración por parte de ejecutivos altamente calificados.





EL VATICINIO DE TOKIO

Texto: ***Luis Goytisolo***
Fotos: ***Guillermo Loiácono***

EL PAIS de Madrid

Lluvia sesgada, oscuras nubes del anochecer abriéndose aquí y allá, cortinas de negros pinos erizados contra velos y más velos de niebla; imposible una primera impresión más japonesa, todo como en una estampa de Hiroshige. Pero la mejor impresión del Japón actual es la que ofrece el funcionamiento del aeropuerto, que más que de puntual o preciso habría que calificar de aséptico. El aduanero, más alto y robusto de lo que es común entre los japoneses, impecable como un maniquí en su uniforme, no por la imborrable sonrisa de su rostro porcelanoso cede un ápice en la minuciosidad y rigor con que inspecciona el equipaje. En el mostrador de información, me informan: llegar al hotel en taxi puede costarme de 130 a 150 dólares; me recomiendan un autobús que incluye ese hotel en su recorrido y sólo cuesta unos 20 dólares. Además, me informa una joven, sale uno dentro de cuatro minutos; se lo acaba de anunciar telefónicamente el empleado que ocupa justamente la silla contigua: al caer en la cuenta de la situación, risa generalizada. El autobús es confortable y rápido; dudo que en taxi hubiera tardado menos tiempo. En el hotel, varios empleados se aplican simultáneamente a concretar los diversos aspectos de mi futura estancia, incluida la reserva de asiento en el *bus* que me conducirá al aeropuerto el día de mi salida. Llevado por la inercia de anteriores etapas de mi viaje, pregunto si el agua es potable. Me responden cortésmente, mientras yo me digo que cómo demonios se me ocurre preguntar eso en Tokio. Sin haber reparado aún en el discreto cartelito que, sobre el mostrador de recepción, ruega a los huéspedes no dar propinas, doy una propina al botones que ha cargado con mi equipaje hasta la habitación: doble reverencia hasta por debajo de la cintura, la segunda, supongo, por sino había visto la primera, ya que me hallaba mirando para otro lado. Lo que llama mi atención es la inextinguible luz azul de un reloj digital empotrado entre las dos camas de mi habitación.

¿Cómo son en realidad los japoneses? Mi interlocutor, David, es corresponsal de prensa, y si lleva ya varios años destacado en Tokio se diría que es a causa de esa pregunta. La vida en Tokio no es fácil para un extranjero, aunque uno sepa manejarse en japonés. ¿En qué reside esa dificultad si aquí todo funciona como en ninguna otra ciudad del mundo? Pues precisamente en la escasa capacidad de sintonía del occidental, en nuestra falta de aptitud para encontrar respuestas convincentes a las preguntas que suscita a nuestros ojos la sociedad japonesa. ¿Dónde termina, por ejemplo, la educación de los japoneses y empieza la amabilidad, la amistad, el amor o, incluso, el mero atractivo físico?

Desde la mesa que ocupamos en el restaurante del Club de Prensa se domina una buena parte del centro de la ciudad; pero no son las luces de los rascacielos lo que nos interesa, sino el examen de los mitos más comunes relativos al modo de ser del pueblo japonés, y durante toda la cena no haremos sino pasar revista a los principales tópicos. ¿Son realmente tan trabajadores? Lo que desde luego no son es vagos. Pero, más que trabajar, podría decirse que ocupan un puesto de trabajo. Y eso supone un 10% de desocupación encubierta, ese 10% que se vería realmente desocupado en caso de acentuarse la crisis económica que para algunos economistas se cierne sobre Japón. Tampoco es cierto, según David, que apenas tengan vacaciones: entre una cosa y otra, un mínimo de tres semanas las tienen casi todos. En cuanto a su proverbial limpieza también hay mucho que decir: antes externa que interna, más la presencia y la apariencia que los fondos, que la ropa interior, que el suelo debajo de la alfombra. ¿Y la puntualidad? El rostro de mi interlocutor se ilumina, ya que he dado en la piedra de toque de lo que, en su opinión, define la mentalidad japonesa, una mentalidad en forma de teclado en el que cada cosa tiene su lugar y, sobre todo, su tiempo. Así, una tecla para el trabajo, tal vez la tecla principal; otra para la familia, otra para la amante, otra para los com promisos sociales, etcétera, todo rigurosamen te programado. Cualquier cambio, cualquie alteración en el programa, provoca, no ya e desconcierto, sino el caos. Telefoneas a un amiga para salir juntos cualquier noche, y ella tras consultar en su agenda si tiene algún com promiso, si tendrá la regla, si las prediccione astrológicas para tal fecha son favorables, t cita para dentro de un mes y medio. Y hay qu tener en cuenta que el sexo es una tecla muy importante para los japoneses; respecto a ella es difícil saberlo, pero para los hombres má que obsesión es ya una obligación.

Como la práctica de un deporte: los practican todos, y, a excepción de la gimnasia, no son buenos en ninguno. No sé qué les pasa con las piernas, que parece que les fallan. Eso sí: lo que no pueden fallar son las teclas importantes, como el trabajo o el honor familiar, porque ese fallo individual interfiere entonces el buen funcionamiento de

LOS EJECUTIVOS MAS CAROS DEL MUNDO

con frecuencia los máximos niveles jerárquicos están ocupados por ejecutivos no argentinos. Por lo general esos ejecutivos son bastante calificados y cotizados ya que en los ámbitos empresarios no se considera a la Argentina como un país especialmente sencillo. Otro factor no menos importante es la dolarización de los contratos, que evidentemente ha incidido favorablemente en el vertiginoso ascenso salarial de los ejecutivos argentinos.

Según los datos proporcionados por *Towers, Perrin, Forster y Crosby* el poder adquisitivo de los alemanes es equivalente al 65 por ciento del estadounidense; los franceses tienen un poder de compra correspondiente al 63 por ciento de los americanos y a duras penas los italianos con un 57 por ciento lindan la mitad del poder adquisitivo de sus colegas del país del Norte.

En el ''furgón de cola'' salarial de los ejecutivos se ubican los holandeses (49 por ciento), los británicos (48 por ciento), los belgas (37 por ciento) y los inevitables suecos, que con una capacidad cinco veces inferior a la de los norteamericanos, cierran la lista.

Esta estadística podría dar que pensar que en cualquier momento el país será invadido por ejecutivos suecos, franceses o alemanes, sin embargo las infalibles estadísticas muestran que sucede exactamente lo contrario. Respondiendo a una tendencia común a otros campos como los de la cultura y la ciencia, en los últimos años se ha registrado una tendencia bastante marcada a la emigración por parte de ejecutivos altamente calificados.



EL VATICINIO DE TOKIO

Texto: ***Luis Goytisolo***
Fotos: ***Guillermo Loiácono***

EL PAIS
de Madrid

Lluvia sesgada, oscuras nubes del anochecer abriéndose aquí y allá, cortinas de negros pinos erizados contra velos y más velos de niebla; imposible una primera impresión más japonesa, todo como en una estampa de Hiroshige. Pero la mejor impresión del Japón actual es la que ofrece el funcionamiento del aeropuerto, que más que de puntual o preciso habría que calificar de aséptico. El aduanero, más alto y robusto de lo que es común entre los japoneses, impecable como un maniquí en su uniforme, no por la imborrable sonrisa de su rostro porcelanoso cede un ápice en la minuciosidad y rigor con que inspecciona el equipaje. En el mostrador de información, me informan: llegar al hotel en taxi puede costarme de 130 a 150 dólares; me recomiendan un autobús que incluye ese hotel en su recorrido y sólo cuesta unos 20 dólares. Además, me informa una joven, sale uno dentro de cuatro minutos; se lo acaba de anunciar telefónicamente el empleado que ocupa justamente la silla contigua: al caer en la cuenta de la situación, risa generalizada. El autobús es confortable y rápido; dudo que en taxi hubiera tardado menos tiempo. En el hotel, varios empleados se aplican simultáneamente a concretar los diversos aspectos de mi futura estancia, incluida la reserva de asiento en el *bus* que me conducirá al aeropuerto el día de mi salida. Llevado por la inercia de anteriores etapas de mi viaje, pregunto si el agua es potable. Me responden cortésmente, mientras yo me digo que cómo demonios se me ocurre preguntar eso en Tokio. Sin haber reparado aún en el discreto cartelito que, sobre el mostrador de recepción, ruega a los huéspedes no dar propinas, doy una propina al botones que ha cargado con mi equipaje hasta la habitación: doble reverencia hasta por debajo de la cintura, la segunda, supongo, por sino había visto la primera, ya que me hallaba mirando para otro lado. Lo que llama mi atención es la inextinguible luz azul de un reloj digital empotrado entre las dos camas de mi habitación.

¿Cómo son en realidad los japoneses? Mi interlocutor, David, es corresponsal de prensa, y si lleva ya varios años destacado en Tokio se diría que es a causa de esa pregunta. La vida en Tokio no es fácil para un extranjero, aunque uno sepa manejarse en japonés. ¿En qué reside esa dificultad si aquí todo funciona como en ninguna otra ciudad del mundo? Pues precisamente en la escasa capacidad de sintonía del occidental, en nuestra falta de aptitud para encontrar respuestas convincentes a las preguntas que suscita a nuestros ojos la sociedad japonesa. ¿Dónde termina, por ejemplo, la educación de los japoneses y empieza la amabilidad, la amistad, el amor o, incluso, el mero atractivo físico?

Desde la mesa que ocupamos en el restaurante del Club de Prensa se domina una buena parte del centro de la ciudad; pero no son las luces de los rascacielos lo que nos interesa, sino el examen de los mitos más comunes relativos al modo de ser del pueblo japonés, y durante toda la cena no haremos sino pasar revista a los principales tópicos. ¿Son realmente tan trabajadores? Lo que desde luego no son es vagos. Pero, más que trabajar, podría decirse que ocupan un puesto de trabajo. Y eso supone un 10% de desocupación encubierta, ese 10% que se vería realmente desocupado en caso de acentuarse la crisis económica que para algunos economistas se cierne sobre Japón. Tampoco es cierto, según David, que apenas tengan vacaciones: entre una cosa y otra, un mínimo de tres semanas las tienen casi todos. En cuanto a su proverbial limpieza también hay mucho que decir: antes externa que interna, más la presencia y la apariencia que los fondos, que la ropa interior, que el suelo debajo de la alfombra. ¿Y la puntualidad? El rostro de mi interlocutor se ilumina, ya que he dado en la piedra de toque de lo que, en su opinión, define la mentalidad japonesa, una mentalidad en forma de teclado en el que cada cosa tiene su lugar y, sobre todo, su tiempo. Así, una tecla para el trabajo, tal vez la tecla principal; otra para la familia, otra para la amante, otra para los compromisos sociales, etcétera, todo rigurosamente programado. Cualquier cambio, cualquier alteración en el programa, provoca, no ya el desconcierto, sino el caos. Telefoneas a una amiga para salir juntos cualquier noche, y ella, tras consultar en su agenda si tiene algún compromiso, si tendrá la regla, si las predicciones astrológicas para tal fecha son favorables, te cita para dentro de un mes y medio. Y hay que tener en cuenta que el sexo es una tecla muy importante para los japoneses; respecto a ellas es difícil saberlo, pero para los hombres más que obsesión es ya una obligación.

Como la práctica de un deporte: los practican todos, y, a excepción de la gimnasia, no son buenos en ninguno. No sé qué les pasa con las piernas, que parece que les fallan. Eso sí: lo que no pueden fallar son las teclas importantes, como el trabajo o el honor familiar, porque ese fallo individual interfiere entonces el buen funcionamiento del teclado social. Al responsable del fallo se le ofrecen, en tal caso, dos alternativas: o suicidarse o salirse del teclado, es decir, marginarse voluntariamente, convirtiéndose en un vagabundo más o menos alcoholizado. La mayor parte de los vagabundos que puedas ver tienen este origen. Sólo así el teclado social puede seguir funcionando normalmente.

Consecuencia inevitable de ese teclado es la especialización absoluta del individuo. Si todo el mundo está en su sitio, la responsabilidad de cada uno termina con los límites concretos de ese sitio. No tiene por qué tomar iniciativa alguna ni hacer otra cosa que cumplir órdenes. Lo importante no es tener la culpa de nada, y el que se mantiene en su puesto no la tiene nunca. ¿Y las culpas pasadas?, pregunto. ¿Hasta qué punto son conscientes del odio que despiertan entre sus vecinos? Resulta muy difícil saber hasta qué punto son conscientes, me contesta mi interlocutor. Creen que equivocaron el camino y saben que perdieron una guerra. Pero también saben que, hasta el momento, son los únicos que han sufrido los efectos de las armas nucleares. La culpa es siempre de los otros. Por eso son racistas. ¿Racistas? Sí, racistas. Para ellos todo lo malo viene de afuera. Ahora con lo del SIDA, por ejemplo. La primera víctima fue una prostituta filipina, es decir, una extranjera. Pero si la que muere es japonesa, como sucedió hace pocos días, no paran hasta descubrir que tiempo atrás la víctima tuvo relaciones con un griego, otro extranjero. ''Fijáte que en los lugares públicos, en un tren, en un metro, evitan en lo posible sentarse al lado de un occidental.'' Le comento que en Europa suele suceder lo mismo con la gente de color, y cuando no sucede, cuando hay detrás una fuerte conciencia antirracista, el gesto puede resultar todavía más ofensivo.

Los japoneses tienen una mentalidad en forma de teclado en el que cada cosa tiene su lugar y su tiempo. Todo está en orden y rigurosamente programado.

Ahora me habla de las dos misteriosas castas inferiores existentes en Japón. La más baja está formada por unos veintitantos mil ciudadanos que descienden de los primitivos aborígenes de las islas; son de tez oscura y viven de trabajos que nadie más realizaría, limpiabotas callejero, por ejemplo. La segunda casta inferior es mucho más numerosa –unos dos millones–, pero de origen todavía más oscuro; el hecho de que para un occidental sean idénticos a los restantes japoneses no impide que sean discriminados a la hora de encontrar trabajo, ya que por lo visto nadie desea que acaben casándose, mezclándose con personas no pertenecientes a su casta.

En el hotel se me ofrecen algunos ejemplos que parecen avalar algunos extremos de la teoría del amigo David sobre el teclado japonés. El primero me lo brinda mi cámara fotográfica, una Minolta, que inexplicablemente parece resistirse a ser cargada con un nuevo carrete. El problema, como descubriré por mí mismo la próxima vez, es elemental, pero, tras varios intentos infructuosos, mi escasa afición a los problemas mecánicos me lleva a pedir ayuda al personal de recepción. La cámara pasa por las manos de seis o siete empleados; suspiros de desánimo, cuchicheos, movimientos de cabeza. Desaparecen con ella en lo que parece es la centralita telefónica; al cabo de unos minutos, entre risas oigo el disparo de unas cuantas fotos. Aparece una joven con la cámara, dice que no era nada importante, que el problema ya está resuelto. Lo que pasaba era que ninguno de ellos tiene una cámara de esta marca concreta. Ella, por ejemplo, tiene una Canon. ¿Es norteamericana la Minolta? Le doy las gracias; le digo que creo que la Minolta es japonesa. Pues tal vez esté fabricada en Estados Unidos, me dice.

Camino de los jardines que rodean el Palacio Imperial, ya me había hecho a la idea de que no iba a encontrarme con demasiadas flores. Y así fue en efecto: en Tokio es invierno al mismo tiempo que en Europa, y a temperaturas que rondan los cero grado no suelen darse flores. Lo único que pude apreciar es la arquitectura de la vegetación, es decir, la poda con la que estructuran árboles y plantas, un arte en el que los japoneses son maestros. El paseo no es largo, pero tanto al ir como al volver tuve que recurrir, además de al plano, a modo de referencia, a la silueta de determinados edificios y antenas, ya que todos los rótulos están en japonés. Los retazos de conversación que llegan a mis oídos suenan como el suave tecleo de una máquina de escribir eléctrica; un habla más sincopada que la china, cuyas modulaciones hacen pensar a veces en el canto gregoriano. Dos chicas se despiden ante una boca de metro: *bye-bye, bye-bye*, y sonriendo ampliamente se hacen una mutua reverencia. Algo más allá, una anciana de tez cetrina lustra los zapatos de un caballero. De pronto, un creciente estruendo irrumpe en la apacible animación de la calle. Por si el himno marcial que difunden los megáfonos de una columna de furgones llenos de gente vagamente uniformada no fuera un indicio suficiente, las múltiples banderas que exhiben no dejan lugar al equívoco: las de color blanco y negro no sé qué significan, pero las del sol naciente que irradia rayos rojos sobre un fondo blanco corresponden ciertamente a la bandera japonesa anterior a la rendición de 1945.

La Universidad de Sophia, una universidad fundada por los jesuitas en 1913, lejos de ser la modesta institución que yo imaginaba, resultó ser equiparable a cualquiera de las mejores universidades privadas norteamericanas que existen en las principales ciudades. La Universidad de Sophia es una de las tres mejores universidades privadas de Japón, que en conjunto acogen el 80% del alumnado; en Hiroshima hay otra universidad jesuita que enseña exclusivamente música.

El número total de alumnos es de 10.000, y el de profesores de plena dedicación, 550, de los cuales 120 son extranjeros. Esta proporción entre profesores y alumnos supone un elevado costo de la matrícula, alrededor de 5000 dólares por estudiante y curso, manutención aparte. También el grado de selectividad es alto: de 26.000 alumnos dispuestos a ingresar, únicamente lo consiguen unos 2000. ¿Y cómo son esos estudiantes en tantos sentidos privilegiados? Pues pocos días antes, precisamente, he leído un análisis comparativo acerca de los estudiantes norteamericanos y los estudiantes japoneses, y el resultado era poco alentador para éstos. Bueno, me dice el padre Anselmo: hay que tener en cuenta que en la enseñanza secundaria se exige mucho a los escolares, y cuando llegan a la universidad se la toman poco menos que como un período de descanso. Saben que los estudios que verdaderamente les van a ser útiles los realizarán a partir del momento en que entren a trabajar en tal o cual empresa. Otra de las conclusiones del análisis al que me refiero, apunto yo, era la de que los estudiantes japoneses son menos imaginativos. ''Ya le digo: la universidad es para ellos una especie de intervalo: estudian las materias que se les indica, y basta.'' ¿Cultura general? ''Les preocupa escasamente; pero éste es un problema que afecta a la mayoría de los planes de estudio del mundo entero.'' Aparte del inglés, los idiomas que más les interesan son el francés, el alemán y el español, por este orden. ¿Y los alumnos que, por vivir con sus padres, han cursado sus estudios en el extranjero? ''No, no puede decirse que se vean discriminados. Pero, desde luego, les cuesta más entrar en la universidad o en una empresa cualquiera. Más que una cuestión de conocimientos es una cuestión de hábitos, de mentalidad, y tienen que adaptarse.'' Recuerdo la luz azul del reloj de mi habitación y pienso que no se trata ya de sentido puntual del tiempo, que se da por supuesto, sino de la conciencia de que si en una empresa de 5000 empleados cada uno de ellos pierde aunque sólo sea tres minutos al día, la pérdida, en seis días, será de 90.0000 minutos, es decir, 1500 horas de trabajo. Ahora bien, el sentido del tiempo no es más que un aspecto del planteamiento general de la vida que se hace el japonés. Dentro de ese planteamiento, ¿cuál es el papel de la religión? El padre Anselmo me habla del franco declive del budismo, fenómeno que no tiene nada de raro si consideramos su incompatibilidad con la dinámica cotidiana de la sociedad japonesa.



Aventurarse en el metro de Tokio, tal vez la red más moderna, completa y eficaz del mundo, ofrece al visitante extranjero un atractivo añadido: sentirse convertido en un profundo analfabeto. Lo de menos son los nombres de las estaciones, que en los esquemas del itinerario se nos ofrecen traducidos fonéticamente al alfabeto latino. El problema reside más bien en las restantes indicaciones que, exclusivamente en forma de ideograma, señalan el corredor de correspondencia con tal o cual línea, la salida a tal o cual calle, etcétera. Elijo una al azar, más o menos en la misma dirección que la línea del metro que me ha traído. Es una mañana de domingo algo soleada y las calles aparecen apaciblemente animadas.

Me espera Keizo Kanki, un viejo amigo que, cuando era estudiante, llegó a pasar unos días en la casa de mi familia en Torrentbó; ahora es el principal especialista de Japón en pintura española.

Keizo Kanki, ahora en funciones de guía, me propuso visitar un distrito popular muy animado los días festivos. En la estación de metro, al descender hacia el andén, de donde llegaba el ruido apagado que producen los vagones al detenerse, un hombre de cierta edad que caminaba unos pocos peldaños por delante de nosotros aceleró el paso todo lo que le permitían sus cortas y deformes piernas hasta terminar dando volteretas que sólo detuvo el suelo del andén. Corrimos en su ayuda, pero el hombre ya se había incorporado de un salto, sin otro perjuicio que el de haber perdido un metro que ya se hallaba en plena marcha y que muy probablemente hubiera perdido de todos modos. Pregunté a Keizo Kanki cuál era, a su entender, la idea que en Japón se tenía de Europa. La de un conjunto de pueblos de gran iniciativa que han sabido modernizarse sin renunciar a sus propias tradiciones, me dijo. Esta es justamente la impresión más generalizada de Japón que se tiene en Europa, le digo. ''¿De Japón? Si aquí todo es nuevo, incluido el Palacio Imperial. Y no ya por los bombardeos, sino porque en los últimos 25 años los nuevos edificios que ves han sustituido a los antiguos. Del antiguo Japón no quedan más que unos cuantos templos.'' Le comento la manifestación ultranacionalista que presencié el día anterior. Me comenta que hay, en efecto, cierto resurgir nacionalista, que se manifiesta en este tipo de actos y en sus intentos de modificar el significado de la II Guerra Mundial en los textos de la historia. Pero el número de militantes de esta clase de movimientos es mínimo, al igual que el de militantes de extrema izquierda y ex miembros del Ejército Rojo, todos ya con más de 40 años. Son grupos que sólo podrían representar un peligro interior en caso de desastre político, económico y social. La gente es totalmente ajena a tales planteamientos, y cualquier político sabe que, en caso de conflicto militar exterior, Japón no aguantaría más de seis días un ataque, no ya con armas nucleares, sino incluso con armas convencionales. Japón es el país más vulnerable del mundo, tanto desde un punto de vista militar como desde un punto de vista económico. Ha tenido que plantearse la crisis del dólar para que el pueblo japonés cobrara conciencia de su fuerza y también de su vulnerabilidad.

Keizo Kanki me comenta que mientras el comportamiento de los japoneses en grupo es inteligente, aislados, solitarios, se sienten fácilmente desvalidos, hecho que convierte a Japón en un país ideal para el trabajo en equipo. De ahí también que viajen preferentemente en grupo. Le pregunto por la actitud de los taxistas ante los occidentales. ¿Por qué se resisten a llevarnos? El lo atribuye a un sentimiento de vergüenza: les avergüenza no entender con exactitud nuestras palabras. Decididamente, los desfasajes entre ambas mentalidades son de relieve. Por eso los matrimonios mixtos raramente escapan al fracaso, especialmente cuando la parte japonesa corresponde al hombre.

La animación callejera es en verdad considerable. A ello contribuye evidentemente el hecho de que, a diferencia de lo que sucede en Europa y Estados Unidos en los deprimentes y desangelados días festivos, en Tokio los comercios y toda clase de locales permanecen abiertos. Me llama la atención la abundancia de pequeños consultorios dedicados a la predicción del porvenir en sus más diversas modalidades: astrología, lectura de la mano, de las cartas, etcétera. Incluso el templo budista de Asakusa, atestado de fieles y colgaduras ofrece bajo sus pórticos un servicio de limosa-vaticinio. Keizo Kanki me muestra su funcionamiento: se deposita el donativo y se extrae de un recipiente, al azar, una especie de regla de madera, la primera que toquemos; esa regla lleva en la parte inferior un número, que corresponde al departamento de un casillero tipo consigna; se abre la pequeña puerta con el número que nos ha salido, en mi caso el 64. Picado en mi curiosidad, tomo el primero de los papeles cuidadosamente amontonados en el interior. El texto viene en japonés y chino, y mi amigo se encarga en traducirme su siempre ambiguo y simbólico significado:

''A los tiempos de bonanza y calma / suceden los períodos de dificultades. / Tendrás que apartarte de personas / que desean tu bien (o de seres queridos). / Se acercan olas gigantescas. / Los grandes pájaros vuelan siempre / en pareja''.

¿A ti te parece un buen vaticinoio para alguien que se dispone a cruzar el Pacífico de costa a costa?, le pregunté con una sonrisa. Mi amigo, también con una sonrisa, me recomendó que lo plegara hasta convertirlo en una especie de cinta, y a continuación, a fin de conjurarlo, hiciera con él un lazo en torno a unos barrotes de madera allí dispuestos, cosa que me apresuré a hacer. De hecho, todos los que han tomado un papel lo hacen. ¿A todos les ha salido un vaticinio inquietante?, pregunto. No: el lazo sirve para conjurar la predicción, si no te gusta, y para que se cumpla, si es que te gusta.

Lo cierto es que el vaticinio a Asakusa, aunque conjurado, no deja de preocuparme.

Los japoneses tienen una mentalidad en forma de teclado en el que cada cosa tiene su lugar y su tiempo. Todo está en orden y rigurosamente programado.



teclado social. Al responsable del fallo se le ofrecen, en tal caso, dos alternativas: o suicidarse o salirse del teclado, es decir, marginarse voluntariamente, convirtiéndose en un vagabundo más o menos alcoholizado. La mayor parte de los vagabundos que puedas ver tienen este origen. Sólo así el teclado social puede seguir funcionando normalmente.

Consecuencia inevitable de ese teclado es la especialización absoluta del individuo. Si todo el mundo está en su sitio, la responsabilidad de cada uno termina con los límites concretos de ese sitio. No tiene por qué tomar iniciativa alguna ni hacer otra cosa que cumplir órdenes. Lo importante no es tener la culpa de nada, y el que se mantiene en su puesto no la tiene nunca. ¿Y las culpas pasadas?, pregunto. ¿Hasta qué punto son conscientes del odio que despiertan entre sus vecinos? Resulta muy difícil saber hasta qué punto son conscientes, me contesta mi interlocutor. Creen que equivocaron el camino y saben que perdieron una guerra. Pero también saben que, hasta el momento, son los únicos que han sufrido los efectos de las armas nucleares. La culpa es siempre de los otros. Por eso son racistas. ¿Racistas? Sí, racistas. Para ellos todo lo malo viene de afuera. Ahora con lo del SIDA, por ejemplo. La primera víctima fue una prostituta filipina, es decir, una extranjera. Pero si la que muere es japonesa, como sucedió hace pocos días, no paran hasta descubrir que tiempo atrás la víctima tuvo relaciones con un griego, otro extranjero. "Fíjate que en los lugares públicos, en un tren, en un metro, evitan en lo posible sentarse al lado de un occidental." Le comento que en Europa suele suceder lo mismo con la gente de color, y cuando no sucede, cuando hay detrás una fuerte conciencia antirracista, el gesto puede resultar todavía más ofensivo.

Ahora me habla de las dos misteriosas castas inferiores existentes en Japón. La más baja está formada por unos veintitantos mil ciudadanos que descienden de los primitivos aborígenes de las islas; son de tez oscura y viven de trabajos que nadie más realizaría, limpiabotas callejero, por ejemplo. La segunda casta inferior es mucho más numerosa –unos dos millones–, pero de origen todavía más oscuro; el hecho de que para un occidental sean idénticos a los restantes japoneses no impide que sean discriminados a la hora de encontrar trabajo, ya que por lo visto nadie desea que acaben casándose, mezclándose con personas no pertenecientes a su casta.

En el hotel se me ofrecen algunos ejemplos de los que parecen avalar algunos extremos de la teoría del amigo David sobre el teclado japonés. El primero me lo brinda mi cámara fotográfica, una Minolta, que inexplicablemente parece resistirse a ser cargada con un nuevo carrete. El problema, como descubriré por mí mismo la próxima vez, es elemental, pero, tras varios intentos infructuosos, mi escasa afición a los problemas mecánicos me lleva a pedir ayuda al personal de recepción. La cámara pasa por las manos de seis o siete empleados; suspiros de desánimo, cuchicheos, movimientos de cabeza. Desaparecen con ella en lo que parece es la centralita telefónica; al cabo de unos minutos, entre risas oigo el disparo de unas cuantas fotos. Aparece una joven con la cámara, dice que no era nada importante, que el problema ya está resuelto. Lo que pasaba era que ninguno de ellos tiene una cámara de esta marca concreta. Ella, por ejemplo, tiene una Canon. ¿Es norteamericana la Minolta? Le doy las gracias; le digo que creo que la Minolta es japonesa. Pues tal vez esté fabricada en Estados Unidos, me dice.

Camino de los jardines que rodean el Palacio Imperial, ya me había hecho a la idea de que no iba a encontrarme con demasiadas flores. Y así fue en efecto: en Tokio es invierno al mismo tiempo que en Europa, y a temperaturas que rondan los cero grado no suelen darse flores. Lo único que pude apreciar es la arquitectura de la vegetación, es decir, la poda con la que estructuran árboles y plantas, un arte en el que los japoneses son maestros. El paseo no es largo, pero tanto al ir como al volver tuve que recurrir, además de al plano, a modo de referencia, a la silueta de determinados edificios y antenas, ya que todos los rótulos están en japonés. Los retazos de conversación que llegan a mis oídos suenan como el suave tecleo de una máquina de escribir eléctrica; un habla más sincopada que la china, cuyas modulaciones hacen pensar a veces en el canto gregoriano. Dos chicas se despiden ante una boca de metro: *bye-bye, bye-bye*, y sonriendo ampliamente se hacen una mutua reverencia. Algo más allá, una anciana de tez cetrina lustra los zapatos de un caballero. De pronto, un creciente estruendo irrumpe en la apacible animación de la calle. Por si el himno marcial que difunden los megáfonos de una columna de furgones llenos de gente vagamente uniformada no fuera un indicio suficiente, las múltiples banderas que exhiben no dejan lugar al equívoco: las de color blanco y negro no sé qué significan, pero las del sol naciente que irradia rayos rojos sobre un fondo blanco corresponden ciertamente a la bandera japonesa anterior a la rendición de 1945.

La Universidad de Sophia, una universidad fundada por los jesuitas en 1913, lejos de ser la modesta institución que yo imaginaba, resultó ser equiparable a cualquiera de las mejores universidades privadas norteamericanas que existen en las principales ciudades. La Universidad de Sophia es una de las tres mejores universidades privadas de Japón, que en conjunto acogen el 80% del alumnado; en Hiroshima hay otra universidad jesuita que enseña exclusivamente música.

El número total de alumnos es de 10.000, y el de profesores de plena dedicación, 550, de los cuales 120 son extranjeros. Esta proporción entre profesores y alumnos supone un elevado costo de la matrícula, alrededor de 5000 dólares por estudiante y curso, manutención aparte. También el grado de selectividad es alto: de 26.000 alumnos dispuestos a ingresar, únicamente lo consiguen unos 2000. ¿Y cómo son esos estudiantes en tantos sentidos privilegiados? Pues pocos días antes, precisamente, he leído un análisis comparativo acerca de los estudiantes norteamericanos y los estudiantes japoneses, y el resultado era poco alentador para éstos. Bueno, me dice el padre Anselmo: hay que tener en cuenta que en la enseñanza secundaria se exige mucho a los escolares, y cuando llegan a la universidad se la toman poco menos que como un período de descanso. Saben que los estudios que verdaderamente les van a ser útiles los realizarán a partir del momento en que entren a trabajar en tal o cual empresa. Otra de las conclusiones del análisis al que me refiero, apunto yo, era la de que los estudiantes japoneses son menos imaginativos. "Ya le digo: la universidad es para ellos una especie de intervalo: estudian las materias que se les indica, y basta." ¿Cultura general? "Les preocupa escasamente; pero éste es un problema que afecta a la mayoría de los planes de estudio del mundo entero." Aparte del inglés, los idiomas que más les interesan son el francés, el alemán y el español, por este orden. ¿Y los alumnos que, por vivir con sus padres, han cursado sus estudios en el extranjero? "No, no puede decirse que se vean discriminados. Pero, desde luego, les cuesta más entrar en la universidad o en una empresa cualquiera. Más que una cuestión de conocimientos es una cuestión de hábitos, de mentalidad, y tienen que adaptarse." Recuerdo la luz azul del reloj de mi habitación y pienso que no se trata ya de sentido puntual del tiempo, que se da por supuesto, sino de la conciencia de que si en una empresa de 5000 empleados cada uno de ellos pierde aunque sólo sea tres minutos al día, la pérdida, en seis días, será de 90.0000 minutos, es decir, 1500 horas de trabajo. Ahora bien, el sentido del tiempo no es más que un aspecto del planteamiento general de la vida que se hace el japonés. Dentro de ese planteamiento, ¿cuál es el papel de la religión? El padre Anselmo me habla del franco declive del budismo, fenómeno que no tiene nada de raro si consideramos su incompatibilidad con la dinámica cotidiana de la sociedad japonesa.



Aventurarse en el metro de Tokio, tal vez la red más moderna, completa y eficaz del mundo, ofrece al visitante extranjero un atractivo añadido: sentirse convertido en un profundo analfabeto. Lo de menos son los nombres de las estaciones, que en los esquemas del itinerario se nos ofrecen traducidos fonéticamente al alfabeto latino. El problema reside más bien en las restantes indicaciones que, exclusivamente en forma de ideograma, señalan el corredor de correspondencia con tal o cual línea, la salida a tal o cual calle, etcétera. Elijo una al azar, más o menos en la misma dirección que la línea del metro que me ha traído. Es una mañana de domingo algo soleada y las calles aparecen apaciblemente animadas.

Me espera Keizo Kanki, un viejo amigo que, cuando era estudiante, llegó a pasar unos días en la casa de mi familia en Torrentbó; ahora es el principal especialista de Japón en pintura española.

Keizo Kanki, ahora en funciones de guía, me propuso visitar un distrito popular muy animado los días festivos. En la estación de metro, al descender hacia el andén, de donde llegaba el ruido apagado que producen los vagones al detenerse, un hombre de cierta edad que caminaba unos pocos peldaños por delante de nosotros aceleró el paso todo lo que le permitían sus cortas y deformes piernas hasta terminar dando volteretas que sólo detuvo el suelo del andén. Corrimos en su ayuda, pero el hombre ya se había incorporado de un salto, sin otro perjuicio que el de haber perdido un metro que ya se hallaba en plena marcha y que muy probablemente hubiera perdido de todos modos. Pregunté a Keizo Kanki cuál era, a su entender, la idea que en Japón se tenía de Europa. La de un conjunto de pueblos de gran iniciativa que han sabido modernizarse sin renunciar a sus propias tradiciones, me dijo. Esta es justamente la impresión más generalizada de Japón que se tiene en Europa, le digo. "¿De Japón? Si aquí todo es nuevo, incluido el Palacio Imperial. Y no ya por los bombardeos, sino porque en los últimos 25 años los nuevos edificios que ves han sustituido a los antiguos. Del antiguo Japón no quedan más que unos cuantos templos." Le comento la manifestación ultranacionalista que presencié el día anterior. Me comenta que hay, en efecto, cierto resurgir nacionalista, que se manifiesta en este tipo de actos y en sus intentos de modificar el significado de la II Guerra Mundial en los textos de la historia. Pero el número de militantes de esta clase de movimientos es mínimo, al igual que el de militantes de extrema izquierda y ex miembros del Ejército Rojo, todos ya con más de 40 años. Son grupos que sólo podrían representar un peligro interior en caso de desastre político, económico y social. La gente es totalmente ajena a tales planteamientos, y cualquier político sabe que, en caso de conflicto militar exterior, Japón no aguantaría más de seis días un ataque, no ya con armas nucleares, sino incluso con armas convencionales. Japón es el país más vulnerable del mundo, tanto desde un punto de vista militar como desde un punto de vista económico. Ha tenido que plantearse la crisis del dólar para que el pueblo japonés cobrara conciencia de su fuerza y también de su vulnerabilidad.

Keizo Kanki me comenta que mientras el comportamiento de los japoneses en grupo es inteligente, aislados, solitarios, se sienten fácilmente desvalidos, hecho que convierte a Japón en un país ideal para el trabajo en equipo. De ahí también que viajen preferentemente en grupo. Le pregunto por la actitud de los taxistas ante los occidentales. ¿Por qué se resisten a llevarnos? El lo atribuye a un sentimiento de vergüenza: les avergüenza no entender con exactitud nuestras palabras. Decididamente, los desfasajes entre ambas mentalidades son de relieve. Por eso los matrimonios mixtos raramente escapan al fracaso, especialmente cuando la parte japonesa corresponde al hombre.

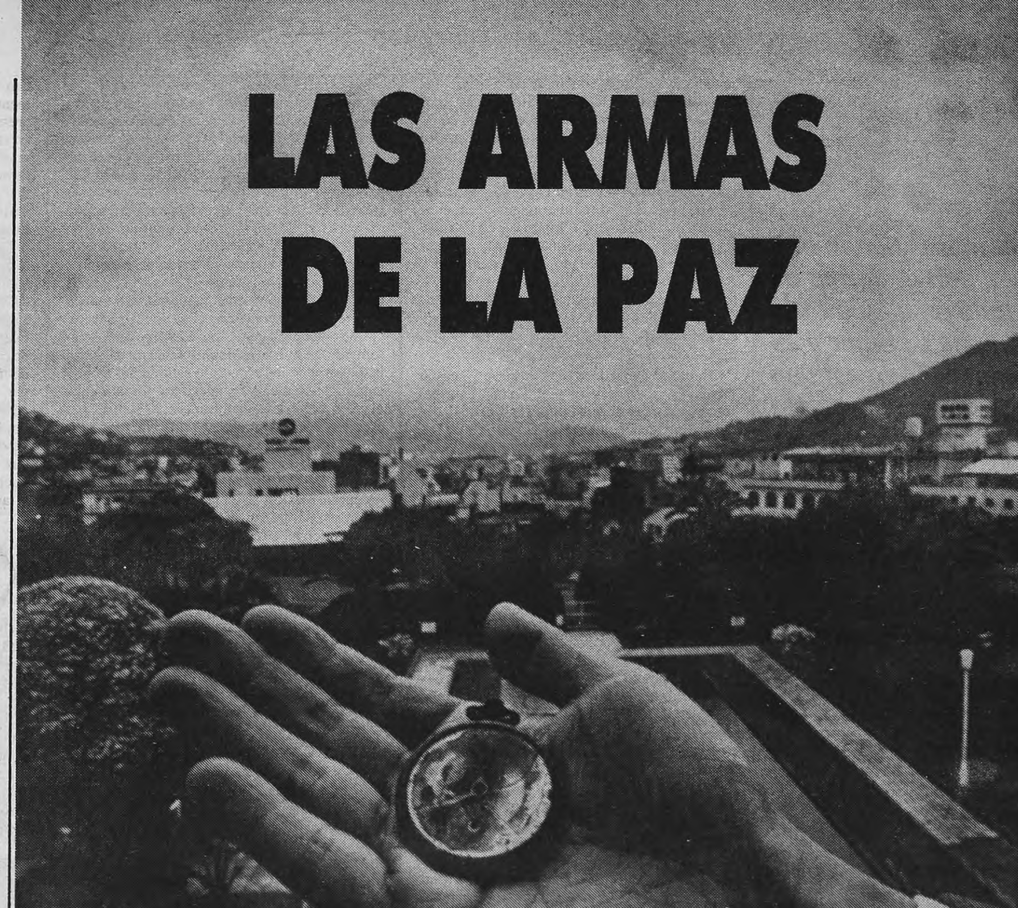
La animación callejera es en verdad considerable. A ello contribuye evidentemente el hecho de que, a diferencia de lo que sucede en Europa y Estados Unidos en los deprimentes y desangelados días festivos, en Tokio los comercios y toda clase de locales permanecen abiertos. Me llama la atención la abundancia de pequeños consultorios dedicados a la predicción del porvenir en sus más diversas modalidades: astrología, lectura de la mano, de las cartas, etcétera. Incluso el templo budista de Asakusa, atestado de fieles y colgaduras ofrece bajo sus pórticos un servicio de limosa-vaticinio. Keizo Kanki me muestra su funcionamiento: se deposita el donativo y se extrae de un recipiente, al azar, una especie de regla de madera, la primera que toquemos; esa regla lleva en la parte inferior un número, que corresponde al departamento de un casillero tipo consigna; se abre la pequeña puerta con el número que nos ha salido, en mi caso el 64. Picado en mi curiosidad, tomo el primero de los papeles cuidadosamente amontonados en el interior. El texto viene en japonés y chino, y mi amigo se encarga en traducirme su siempre ambiguo y simbólico significado:

"A los tiempos de bonanza y calma / suceden los períodos de dificultades. / Tendrás que apartarte de personas / que desean tu bien (o de seres queridos). / Se acercan olas gigantescas. / Los grandes pájaros vuelan siempre / en pareja".

¿A ti te parece un buen vaticinoio para alguien que se dispone a cruzar el Pacífico de costa a costa?, le pregunté con una sonrisa. Mi amigo, también con una sonrisa, me recomendó que lo plegara hasta convertirlo en una especie de cinta, y a continuación, a fin de conjurarlo, hiciera con él un lazo en torno a unos barrotes de madera allí dispuestos, cosa que me apresuré a hacer. De hecho, todos los que han tomado un papel lo hacen. ¿A todos les ha salido un vaticinio inquietante?, pregunto. No: el lazo sirve para conjurar la predicción, si no te gusta, y para que se cumpla, si es que te gusta.

Lo cierto es que el vaticinio a Asakusa, aunque conjurado, no deja de preocuparme.

LAS ARMAS DE LA PAZ



Nagasaki, Japón: El reloj dejó de funcionar el 9 de agosto de 1945 a la hora señalada.

il manifesto
de Roma

Cuál es su propuesta sobre la irracionalidad de utilizar armas nucleares en Europa?**

–Es un problema estrechamente relacionado al de la guerra convencional. Tanto para los grandes estrategas como para la gente en general, las armas nucleares son simplemente armas más grandes y poderosas. Pienso que si corriesen el riesgo de verse involucrados en una guerra convencional, usando armas convencionales, todas las naciones dotadas de armas nucleares estarían dispuestas a utilizarlas.

Estas armas son en un sentido irracionales y en otro, racionales. Son irracionales porque no pueden proteger a la población, sino ''sólo'' destruir las partes en conflicto. Por esta razón, la fe que la población tiene puesta en ellas es irracional.

Por otra parte existe una cierta racionalidad en la gente, que ve en el miedo y en la disuasión que ejercen las armas nucleares una compensación a la inferioridad que existe en el sector de las armas convencionales, donde la Unión Soviética es superior.

Esto ha sido rechazado por algunas personalidades, pero la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte) es consciente de esta inferioridad en el sector convencional y esto ha llevado a la decisión de convertirse en más fuertes en el sector nuclear para no ser atacados.

Esta es la razón por la que tenemos armas nucleares, para no ser atacados en el plano convencional.

–¿Cree usted que en el diálogo entre las superpotencias existe alguna posibilidad de convencer a la gente de prescindir de la defensa proporcionada en Occidente por las armas nucleares?

–No creo que se pueda convencer a la gente de desembarazarse de las armas nucleares sólo con espantarla y diciéndole que son peligrosas. La gente ya está espantada y sabe que tales armas son peligrosas.

No se obtendrá nada apostando a la desesperación y al pánico, y aun cuando se consiguiese movilizar a las personas, hacerlas protestar, nos enfrentaríamos después al problema de ''qué hacemos sin armas nucleares''. Existe la idea de que, en caso de guerra, somos más débiles y estamos en mayor peligro sin armas nucleares. Estas son las razones por las cuales la gente cree que aún no estamos preparados para prescindir de las armas nucleares.

–¿Existen otras soluciones?

–Creo que se debería desarrollar un efectivo sistema alternativo de defensa y disuasión que no sea ni nuclear ni basado en la fuerza militar y convencional, aunque podría coexistir con esta última. Para esto deberá hacerse lo imposible en reestablecer la confianza en una política estratégica superior, que sirva para la defensa y sea válida para la disuasión. Entonces la gente podrá permitirse renunciar a las armas nucleares.

–¿Cómo ve el problema de los sistemas defensivos?

–Yo no uso el término sistemas defensivos, porque esto implica una combinación en la cual predomina algún tipo de fuerza militar convencional.

Quizá un ejemplo de esto podrá ser una resistencia a nivel gubernamental unida a una resistencia armada a largo plazo. Yo parto de la distinción entre defensa y disuasión y entre la capacidad ofensiva y la capacidad militar ofensiva, que son cuestiones distintas desde un punto de vista funcional.

La defensa es algo bueno y desde el punto de vista clásico significa protección y preservación de la sociedad ante un eventual peligro. Es por eso que cuando algunos grupos pacifistas protestan contra la política de defensa, aceptan en parte las medidas defensivas.

–¿No cree entonces que se deberá eliminar las Fuerzas Armadas?

–No se puede afirmar que las fuerzas militares deben ser eliminadas y que consiguientemente es preciso eliminar la defensa, porque para mucha gente la defensa no representa algo relacionado con la guerra sino que significa protección. Este hecho existe desde un punto de vista emotivo.

En una perspectiva histórica las cosas cambian. En los siglos XIX y XVIII hubo quizás un período en que las fuerzas militares podían defender, en el sentido de proteger. Por ejemplo, en las antiguas ciudades amuralladas las fuerzas militares protegían a la población desde adentro. Pero este tipo de situación no existe más. Con la invención del avión, con la artillería que puede disparar a largas distancias, con los tanques que irrumpen más allá de las barreras, con los misiles de largo alcance, la defensa armada cambia su fisonomía.

–¿Podría ser más claro?

–La defensa está preparada para ser utilizada en una guerra. Es decir cuando la población civil, sus instituciones, su capacidad productiva, los sistemas de transporte, se convierten en un blanco. La realidad actual ha producido este cambio en el que hay más muertos en la población civil que en el ejército. Es aquí donde nace la convicción de que de ahora en más la defensa está separada del aparato militar porque este último no está en condiciones de garantizarla.

A pesar de esto, una nación continúa expuesta a amenazas de ataques desde el exterior. Aun aquellas que no constituyen un peligro desde el punto de vista militar son también atacadas. Esto ha ocurrido muchas veces durante la Segunda Guerra Mundial. Pero si la gente cree que únicamente un aparato militar está en condiciones de garantizar la defensa, sostendrá la estructura militar aunque sea irracional. Por eso deberíamos hacer comprender la diferencia entre estructura militar y defensa.

La defensa es un buen objetivo mientras que la estructura militar puede intentar hacer las cosas lo mejor posible, pero confrontada con la nueva tecnología ha dejado de estar en condiciones de garantizar aquello para lo cual fue creada.

Existe otra aproximación para la efectiva defensa de lo que la sociedad considera importante ante los peligros externos e internos. Si logramos desarrollarla conseguiremos una defensa que impida al potencial atacante su objetivo.

"Hay que decirle a los militares que las armas que actualmente usan no están en condiciones de defendernos", dice Gene Sharp, teórico de un nuevo modelo de defensa no nuclear. Lo civil deberá ser cada vez más consistente, hasta estar en condiciones de sustituir al componente militar.

Gene Sharp dirige el "Programa para la resolución no violenta de los conflictos y la defensa" en el Centro de Asuntos Internacionales de la Universidad de Harvard. Es docente de Ciencias Políticas en la Universidad de Masachussetts y preside el Instituto Einstein para la alternativa no violenta en los conflictos y en la defensa. Es autor de varios libros sobre el tema y su última publicación se llama "Haciendo a Europa inconquistable". Fue consultor del gobierno holandés en la comisión de defensa no violenta.

Esto sería posible si se pudiese evitar el control institucional y político por parte de los atacantes y sobre todo si se lograse incidir sobre la confianza de los soldados atacantes. Debe actuarse de modo que los potenciales atacantes sepan qué es lo que uno tiene intención de hacer, y que pueden ser derrotados. De esa manera desistirán. En otras palabras, se podrá desarrollar una capacidad de disuasión basada en la capacidad de defensa, algo que el aparato militar podía garantizar hace cien años, mientras que hoy la fuerza militar no está basada en su capacidad defensiva, sino en su capacidad de aniquilamiento.

Con el desarrollo de esta nueva estrategia político-militar, la fuerza disuasiva, basada en la capacidad de defensa, se convierte en una realidad. Aun si ésta fallase no sobrevendría el aniquilamiento nuclear.

El comienzo de la guerra sería inevitable, pero sería una guerra de la civilidad, una guerra de resistencia a largo plazo, en la cual habría una posibilidad de vencer sin aniquilamiento.

–¿Qué es el ''transarmamento''?

–Con la palabra ''transarmamento'' se desea describir el proceso de transición de un sistema de defensa basado en las armas a un sistema completamente distinto tanto de la guerra convencional como de la política militar nuclear.

Se comenzó a pensar en una política estratégica de defensa, basada en los civiles, que llamamos de ''resistencia no violenta''. Se realizaron investigaciones y estudios a propósito de la introducción de la nueva concepción que marca la inevitable pérdida del valor de la componente militar dentro del nuevo modelo de defensa en favor de la componente civil. Lo civil deberá ser cada vez más consistente, hasta estar en condiciones de sustituir a la componente militar. Esta concepción es totalmente distinta de la que plantean aquellos que imaginan la posibilidad de abolir el sistema militar para después, quizás, preguntarse qué otra cosa se puede hacer.